



ARTE - HISTORIA FILOSOFIA Y LITERATURA EN RELACION CON LA MEDICINA

EL CÓLERA Y EL "CASO FERRÁN"

por el

† Profesor Dr. EDUARDO GARCÍA DEL REAL

De la Real Academia de Medicina (Instituto de España).

Publicamos hoy este artículo póstumo del Profesor García del Real. Al borde de su muerte lo escribió para MEDICAMENTA. Nuestra mayor satisfacción es poder ofrecer a nuestros lectores las últimas líneas del maestro.

Después de haber estado gravemente enfermo, he tenido la suerte de recobrar la salud, y creo que cuando Dios me deja en este mundo es porque en él tengo algo interesante que hacer.

Me encuentro con que España se ve obligada a defenderse contra la posibilidad de verse atacada por la terrible enfermedad que está destrozando Egipto, y por ello creo oportuno sacar a la luz algo de lo que fué el descubridor de la vacuna anticólerica: nuestro Ferrán.

Ferrán, como han consignado eminentes sabios extranjeros, es el creador de la bacteriología en España. Llevaba ya muchos años trabajando en ella al estallar la epidemia cólerica de 1885. Fué comisionado por el Ayuntamiento de Barcelona para estudiar la enfermedad en Marsella, al lado de Nicatti y Riesch, con los que llevó a cabo los primeros estudios del virgula cólerico, descubierto poco tiempo antes en Egipto por Roberto Koch. De Marsella trajo Ferrán el bacilo, para seguir con él sus trabajos y obtener, siguiendo los métodos recomendados por Pasteur en el carbunco y en el cólera de las gallinas, la vacuna anticólerica, que era un cultivo atenuado del bacilo cólerico, incapaz de producir la enfermedad, pero suficiente para evitarla. Una Memoria explicativa de esto fué enviada al Instituto Pasteur.

Antes de la aplicación en grande escala, Ferrán se vacunó varias veces; vacunó a su familia y a muchos médicos entusiastas de su método (entre ellos, Cajal).

Aparecieron casos en Alcira, cuya naturaleza fué demostrada por el cultivo del bacilo. En Alcira se vacunó gran número de personas, y también en Valencia, demostrándose que era inofensiva y eficaz.

Pronuncia Gimeno su famoso discurso en el Ateneo; se discute en todas partes el problema del cólera; la mayor parte de los votos son favorables a la vacuna, entre ellos, el de Castelar, en unas frases, como todas las suyas, elocuentes.

Se pone en contra el travieso ministro de Cánovas, Romero Robledo, a quien corresponde también el mérito de haber contribuido en gran medida a la pérdida de Santiago de Cuba y de la escuadra española.

Nombró el Gobierno una Comisión, en la que figuraban personas de tanto prestigio como Alonso Rubio, Maestre de San Juan y San Martín, todos entusiastas partidarios del método de Ferrán. Lo fueron también los doctores Pulido, Tolosa Latour, Serret, Comenge y Moreno Zancudo.

La documentación y las estadísticas imprescindibles en un descubrimiento de tanta trascendencia fueron llevadas con toda imparcialidad y detenimiento.

La Comisión francesa nombrada por el Gobierno francés, además de no estar especializada en estos estudios, se empujó en que Ferrán les revelase el secreto de su vacuna y les diera medios para ensayar-

la. Esto no lo podía pedir Pasteur en su cariñosa y aleccionadora carta, supuesto que Ferrán había enviado a la Academia de Ciencias de París una nota con todos los detalles de su técnica, publicada en el Boletín de dicha Corporación del 5 de abril de 1885.

Defiende el método de Ferrán en el Congreso de Grenoble Chauveau, director de la Escuela de Veterinaria de Lyon, con toda la autoridad que le daba su competencia magistral en Bacteriología y en vacunas animales.

Defendió valientemente Ferrán su derecho a la prioridad en la vacunación anticólerica, que trataban de arrebatarse Gamaleia y Haffkine, y llegó un día, por fin, en que la Academia de Ciencias de París le concedió parte del premio de Breaut, creado para los investigadores afortunados en el estudio del cólera. El informe presentado por Roux a aquella Academia decía de Ferrán lo siguiente: «Ferrán ha sido el primero que ha demostrado la acción patógena del vibrión cólerico en los animales y hecho ver que quedan inmunizados contra la enfermedad. También al doctor Ferrán—continuaba diciendo el informe de Roux—le corresponde la iniciativa de la inmunización preventiva en el hombre por la inyección subcutánea de cultivos apropiados.» Y terminaba su informe añadiendo que el médico español «merecía el premio de la Academia por lo mucho que había contribuido a ensanchar los conocimientos acerca del cólera».

Ya antes de la guerra 1914-1918 empezaron a probar su eficacia las vacunas anticólericas en lejanos países; pero el trágico conflicto mundial, que durante cuatro años ensangrentó la tierra, sirvió para demostrar de un modo elocuente y definitivo la verdad de la inmunización anticólerica. El mismo Roux escribía a Ferrán en mayo de 1915 que en el Instituto Pasteur estaban fabricando a toda prisa grandes cantidades de vacuna para los beligerantes. «No podía usted imaginar, cuando inauguró su vacunación anticólerica, que ésta serviría para conservar la salud de los ejércitos en campaña.» Después, el 1 de diciembre de 1929, el doctor Rieu Vernet publicaba un artículo en el que se podía leer: «Ejércitos enteros de todas las naciones deben la vida a Ferrán, y es muy justo que, en nombre de todos los combatientes de la guerra, que él inmunizó contra la muerte, nos dediquemos a dar a conocer su obra a la gente.»

En julio de 1918, la mayor parte del ejército alemán estaba ya vacunado. También lo estuvo el ejército italiano, afirmando Rombi que la vacuna anticólerica era «la única garantía contra el cólera», y lo mismo ocurrió con los soldados austriacos, en 1916, a los que, según Kamp y Kretschem, la inoculación «confirió rápidamente la inmunidad», y en el ejército de los Dardanelos, y en las filas del serbio y del rumano, y en todas partes.

Aparte de esto, que ya es bastante, la fama de Fe-

rán como bacteriólogo se basa en que ha sido el descubridor de la vacuna anticolérica, y, a la vez, de la vacunoterapia, sueroterapia, enterovacuna y vacuna tífica; de la vacuna antitífica, de la vacuna antirrábica intensiva, de la vacuna antidifterica antitóxica, de la vacuna antipestosa Ferrán-Haffkine y de los ensayos de vacunación antialfa contra la tuberculosis.

El ilustre profesor Avelino Gutiérrez, el gran amigo de España, leyó un estudio sobre Ferrán al presentarlo en la solemne sesión de la Academia Médica Argentina en 1927. Decía lo siguiente:

«Ferrán es todo un caso, y un caso extraordinario. Como la bandera da crédito a la mercancía, y como Ferrán nació en España, así vino al mundo científico con un *capitis diminutio*.

Su descubrimiento de la vacuna contra el cólera provocó una carcajada, fué por ella difamado, escarnecido y vilipendiado, y desde entonces avanza en su carrera marcado con un estigma, y con ello quedó abierto el primer capítulo del proceso científico, psicológico, lógico y ético del «caso Ferrán».

Y bien: si comisiones sabias, de sabias naciones, habían descalificado a Ferrán, ¿qué podía hacer la ciencia oficial española, sino tratarlo aún con mayor desdén, si cabe? Aquí se abre el segundo capítulo del mismo proceso.

Ferrán no es profesor; no tiene discípulos de cátedra. No es conferencista; no es pregonero de sus ideas. Aunque ha escrito mucho en revistas nacionales y extranjeras y en monografías, no ha escrito obras de texto; por consiguiente, no ha difundido de tal modo sus ideas y doctrinas.

Es un misántropo, un solitario, rehuye el trato social y abomina de la política. Su laboratorio es él, y sólo él. No tiene colaboradores. Con todo esto se hace él mismo el tercer capítulo del proceso científico, psicológico, lógico y ético del «caso Ferrán»...

... a través de la obra de Ferrán, quien se informe de ella verá un grande y muy comprensivo observador, que ve y lee con claridad en los fenómenos naturales del inmenso laboratorio del mundo; al lado de esto hay un experimentado.

Ferrán es talento sintético formidable, que no ve los fenómenos como simples individualidades aisladas, sino en serie, y así advierte en ellos leyes y relaciones...

... es, en suma, el doctor Ferrán, un hombre genial, precursor, innovador, revolucionario, valiente y audaz, tanto en la doctrina como en las aplicaciones, hasta lo temerario. Su audacia es serena; pero tanta, que si no estuviera cimentada sobre una confianza absoluta y una visión clara, se diría que es una locura, una arbitrariedad.»

Lo que dicen de Ferrán algunos sabios.

Richet.—Ferrán ha osado atacar el problema más difícil de la Biología: la vacunación contra una enfermedad que diezaba a Alcira; y no solamente ha osado, sino que ha triunfado. La vacunación contra el cólera por procedimientos nuevos ha dado brillantes resultados; y es más, ha fijado los principios de un método nuevo e inaugurado principios de terapéutica que durarán tanto como duran las verdades fundadas en positivas experiencias.

Roux y Metchnikoff.—El método de vacunación anticolérica practicado por Haffkine en la India no es más que una modificación del ya empleado en grande escala por Ferrán.

Courmont.—Fué un precursor creando un método de vacunación que parecía imposible en aquella época, pues se adelantaba en muchos años a la ciencia oficial. El nombre de Ferrán quedará siempre adscrito al descubrimiento de vacunas al hombre con cultivos

microbianos. Fué seguido por Haffkine y otros. Su competencia en Bacteriología no puede ser discutida.

Ehrlich.—Yo estimo principalmente al doctor Ferrán como el sabio que ha ejecutado, el primero, la inmunización activa del hombre con bacterias de una manera admirable. Precisamente hoy, cuando se extiende la inmunización activa del hombre, la ciencia se acuerda con gratitud del nombre de Ferrán, que es el primero que ha trabajado en ese terreno difícil e importante.

Calmette.—Su probidad de sabio no puede ser puesta en duda por nadie. Yo he visitado el laboratorio de Ferrán, he trabajado con él cuando la peste de Oporto de 1899, y atestiguo con la más viva energía que este sabio es digno de todos los respetos.

Y llegamos a las palabras pronunciadas por Avelino Gutiérrez el 12 de octubre de 1930 en el Hospital Español de Rosario de Santa Fe, del que tan gratos recuerdos conservo. Son las que reproduzco en el prólogo de mi obra *Ferrán*.

Dice así: «El «caso Ferrán» es digno de estudio. Las grandes autoridades científicas reconocen que a Ferrán se debe el descubrimiento de la vacuna del cólera y de la vacuna de la fiebre tifoidea. Los trabajos de autores más modernos en la inmunización de ambas enfermedades no son más que ligeras modificaciones de los primitivos métodos de Ferrán... También se reconoce el mérito extraordinario de sus investigaciones acerca de la difteria; y hay autores que le atribuyen, igualmente, el descubrimiento de la sueroterapia.

Es asimismo inventor de un nuevo método llamado suprainensivo, para el tratamiento de la hidrofobia.

Sus trabajos acerca de la transformación de las bacterias anaerobias—especialmente la del tétanos—en aerobias, suponen algo decisivo en Microbiología.

Por último, sus revolucionarias teorías acerca de la tuberculosis y de su bacilo, van siendo, en gran parte, comprobadas por los autores más modernos.

Y sin embargo, Ferrán se ha visto atacado con una violencia tal, como si en vez de un sabio genial y un bienhechor de la Humanidad, hubiera sido el más monstruoso de los forajidos.

Pasada la primera etapa de apasionamiento ciego, se ha levantado en contra suya la más terrible de las oposiciones: la conspiración del silencio...

... Ferrán tuvo la desgracia de nacer en la segunda mitad del siglo XIX, en España. España, cuya cultura ha resplandecido con luz propia y de primera magnitud a lo largo de la Historia, comienza a decaer a fines del siglo XVII. Se acentúa esta decadencia en el siglo XVIII, en el que empieza a ponerse de moda el pensar y el discurrir, como lo hacían otros pueblos, pero en el que aún quedan algunos españoles con ideas originales y propias. Todavía se exagera esto en el siglo XIX. En él ya no es posible pensar más que como lo hagan los alemanes, los ingleses o los franceses. España no vale nada; no ha valido jamás nada. En cuatro siglos no se ha producido nada en nuestra patria que valga la pena de ser recordado. El español que se estimaba en algo vivía a la moda europea, y lo triste es que—para como de desgracias—vivía, no a la última, sino a la penúltima moda. Se recogían aquí las ideas cuando eran desechadas en Europa. Por eso pareció a los españoles absurdo que un español pudiera descubrir algo que no hubieran descubierto antes en el extranjero.

Y ahora ante este nuevo brote de tan terrible epidemia, España puede ser la defensa del mundo contra ella, haciendo llegar a Egipto a nuestras posesiones de África y a todos los lugares amenazados millones de ampollas de vacuna anticolérica. La epidemia puede desaparecer de la faz de la tierra y nuestro país realizará una de las más grandes y legítimas hazañas.